

El “Diario palestino” (1988) de Juan Goytisolo: un reportaje en primera persona sobre la Intifada palestina y la ocupación israelí¹

Eduardo del Campo Cortés
Doctor en estudios filológicos
Universidad de Sevilla, Sevilla, España
<https://orcid.org/0000-0002-0515-8734>
eduardo.delcampo@eusa.es

Resumen

El escritor español Juan Goytisolo (1931-2017) recurrió al reportaje ensayístico en primera persona para la escritura de los textos testimoniales que elaboró sobre diversos conflictos armados, entre ellos, el del pueblo palestino bajo la ocupación israelí de Gaza y Cisjordania, uno de los temas principales en su literatura periodística. Es el caso de “Diario palestino”, relato del primero de sus cuatro viajes a Palestina e Israel, cuando en 1988 recorrió la zona en plena Intifada o revuelta palestina para rodar un episodio de la serie de televisión Alquibla, una historia que publicó ese año en la revista El País Semanal y que incluyó en su libro, de 1997, De la Ceca a La Meca. El presente ensayo describe y analiza la crónica del autor, que usa el “yo” como fuente de autoridad informativa para reforzar el valor documental de sus descripciones y entrevistas.

Palabras clave: Periodismo; Literatura; Palestina; Israel; Viajes.

Juan Goytisolo’s Diario Palestino (1988): a first-person report on the palestinian Intifada and the israeli occupation

Abstract

The Spanish writer Juan Goytisolo (1931-2017), awarded with the Cervantes Prize in 2014, used the first-person reportage-essay as a narrative format for the testimonial texts that he

¹ Procedencia del artículo: El texto surgió como una investigación dentro de un seminario del Doctorado Interinstitucional en Educación de la Universidad del Valle (en la franja de formación en educación y pedagogía, dirigida por el profesor Javier Fayad), en el que se estudiaba la aplicación de la historiografía y de la revisión de textos no disciplinares en la enseñanza de las diferentes profesiones. Mi trabajo fue hacer un seguimiento a los conceptos técnicos de la medicina en las obras literarias, para mostrar que estas no solo aportan un marco histórico al estudio de la medicina sino también un marco conceptual, por lo que proponía este ejercicio como una herramienta pedagógica. El texto inicial fue reescrito para ser presentado a Poligramas.



prepared on the ground in several armed conflicts, among them that of the Palestinian people under Israeli occupation of Gaza and the West Bank. This is the case of *Diario Palestino*, an account of the first of his four trips to Palestine and Israel, when in 1988 he toured the area in the middle of the Intifada or Palestinian revolt to shoot an episode of the television series *Alquibla*, a story he published that year in the magazine *El País Semanal* and included in his 1997 book *De la Ceca a La Meca*. This essay describes and analyzes the chronicle of the author, who uses the “I” as a source of informational authority to reinforce the documental value of his descriptions and interviews.

Keywords: Journalism; Literature; Palestine; Israel; Travels.

Recibido: 31 de marzo de 2021. **Aprobado:** 08 de septiembre de 2021

Artículo de reflexión

<https://doi.org/10.25100/poligramas.v0i54.12022>

¿Cómo citar este artículo en MLA? - *How to quote this article in MLA?*

Del Campo Cortés, Eduardo. “El “Diario palestino” (1988) de Juan Goytisolo: un reportaje en primera persona sobre la Intifada palestina y la ocupación israelí” *Poligramas* 54 (2022): e.2212022 Web. Fecha de acceso (día, mes en mayúscula y abreviado, y año).

Introducción

El escritor español Juan Goytisolo (Barcelona, 1931-Marrakech, 2017) produjo a lo largo de su carrera literaria, por la que fue reconocido con el Premio Cervantes en 2014, varias decenas de artículos y reportajes sobre el conflicto israelo-palestino, que conoció y documentó en cuatro viajes en 1988, 1995, 2002 y 2011. Dentro del corpus de sus trabajos periodísticos, la mayoría publicados en el diario español *El País*, nos referiremos en este estudio a los que narran en primera persona sus experiencias en el terreno mismo de los acontecimientos. Nos centraremos, en particular, en la descripción y análisis del texto que relata su estancia inaugural de 1988, “*Diario palestino*”, que le sirvió de punto de comparación para los relatos de sus posteriores recorridos.

Su primera aventura en la región de Oriente Próximo (aunque aún sin pisar Palestina en ese momento, estuvo en Egipto, Jordania, Turquía, Líbano y Siria) data de 1968 y le deparó su debut periodístico sobre el conflicto: una entrevista con un líder palestino del grupo Al Fatah, en su exilio de Jordania, que publicó en el semanario *Le Nouvel Observateur* de París el 6 de enero de 1969.

Veinte años más tarde, en junio de 1988, Goytisolo viaja a Israel y los territorios palestinos para rodar un capítulo dedicado a la Intifada o revuelta palestina que se emitiría dentro de *Alquibla*, una serie documental sobre el mundo musulmán producida por Eclipse Films para Televisión Española, en la que el reputado novelista ejercía de guionista y presentador bajo la dirección de Rafael Carratalá. El reportaje escrito que narra esta experiencia de junio de 1988, lo publica el 11 de septiembre de ese año en el número 596 de El País Semanal, la revista dominical del periódico El País, con el título “Intifada. Diario palestino” de Juan Goytisolo (Por tierras de Gaza y Cisjordania)”, ocupando la portada y las páginas 20 a 37, incluidas las de publicidad intercaladas. En el reportaje cuenta los pormenores del rodaje, analiza la historia del conflicto israelo-palestino y describe, inscrito en los códigos periodísticos, las situaciones de las que es testigo sobre el alzamiento de los palestinos y la represión de las fuerzas israelíes de ocupación. Este trabajo lo publica, traducido al francés como “Journal palestinien”, en la *Revue d’Études Palestiniennes* de París y Beirut, en su número 29 de otoño de 1988. Parte de este texto lo aprovechará para la escritura del guión literario del capítulo de *Alquibla* que rodaron en ese viaje, un documental televisivo de 29:02 minutos que TVE emitió con el título “Palestina después de la diáspora”, el 17 de febrero de 1989.

El escritor hizo fotos en su primer viaje palestino, aunque El País Semanal no las incluyó en el reportaje, ilustrado con imágenes en color de otros autores. Sus fotografías se encuentran depositadas en el Fondo Juan Goytisolo de la Diputación de Almería (España). Como registra su catálogo en la página 128, hay 40 fotos que tomó en junio de 1988 en el rodaje de *Alquibla* en Jerusalén y los territorios ocupados (o Al-Qods, el nombre árabe de la ciudad, como dice la entrada bibliográfica), y, en relación a ellas, otras tres fotos de Jordania datadas en 1989.

Al cabo de siete años, en enero de 1995, Juan Goytisolo regresa como enviado especial de El País a los escenarios de su viaje de 1988 y, bajo el título genérico *Ni guerra, ni paz*. Publica

al mes siguiente una serie de seis reportajes bélicos, escritos igualmente en primera persona, que actualizan la información sobre la ocupación israelí de los territorios palestinos de Cisjordania, Gaza y Jerusalén Este, comparando sus impresiones de este segundo viaje con las del anterior. *Ni guerra, ni paz* aparece en seis entregas consecutivas entre el domingo 12 y el viernes 17 de febrero, dentro de la sección de Internacional del periódico. Estos reportajes se integrarán en el libro *Paisajes de guerra: Sarajevo-Argelia-Palestina-Chechenia*, incluido posteriormente en el volumen VIII de sus *Obras completas*, subtítulo *Guerra, periodismo y literatura*.

El reportaje para El País Semanal de su primer viaje a Palestina, de junio de 1988, lo incluyó junto a otros guiones de *Alquibla* y textos diversos de pedagogía sobre el orbe musulmán en el libro *De la Ceca a La Meca*, titulado simplemente “Diario palestino” y dividido en 12 secciones².

Juan Goytisolo regresa a Palestina, en marzo de 2002, como integrante de una delegación de paz del Parlamento Internacional de Escritores [PIE]. Este tercer viaje palestino, tras los de 1988 y 1995, tiene como objetivo llamar la atención internacional sobre la enquistada situación de los palestinos en Cisjordania y Gaza, en medio de la insurrección de la Segunda Intifada contra la ocupación israelí. A su regreso, publica en El País del miércoles 3 de abril de 2002 la crónica en primera persona “De Netania a Ramala”, en la que describe su nueva experiencia y la contrapone con sus recuerdos de sus periplos precedentes. El texto se ubica como tribuna en la sección de Opinión. La crónica de su tercer viaje palestino la completa con la pieza corta “Memoricidio en Ramala”, en la sección de Internacional de El País del domingo 14 de abril de 2002.

Vuelve el escritor por cuarta y última vez a Palestina en marzo de 2011, para recibir el Premio Mahmud Darwish el día 12 de ese mes. El País del 15 de marzo publica el discurso que leyó en el acto de recogida del premio, titulado “Homenaje a Mahmud Darwish en Ramala”, en el que glosa la obra del poeta palestino (1941-2008) que da nombre al galardón y al que fue a visitar en 2002 con sus colegas del PIE.

² Volvemos a encontrar el “Diario palestino” en la edición de *De la Ceca a La Meca*, incluida en el volumen VIII de sus *Obras completas*. Hay que tener en cuenta que mientras que los seis reportajes de *Ni guerra, ni paz* están disponibles libremente en la página digital de El País, el “Diario palestino” no se encuentra en internet y hay que buscarlo por separado en las ediciones impresas de *De la Ceca a La Meca*, en las *Obras completas* o yendo a la hemeroteca física en busca del ejemplar en papel de El País Semanal del 11 de septiembre de 1988.

Nuestro trabajo pone el foco en las siguientes páginas en el, hasta ahora no estudiado, “Diario palestino” de 1988; tanto por su valor intrínseco en cuanto detallado testimonio periodístico de primera mano como para comprender mejor las referencias del serial impreso de 1995 *Ni guerra, ni paz*, que hay que leer como su continuación. El reportaje “Diario palestino” es, además, el precursor de los otros tres influyentes seriales de tema bélico que Juan Goytisolo dio a la luz en los años 90 en *El País*: *Cuaderno de Sarajevo*, *Argelia en el vendaval* y *Paisajes de guerra con Chechenia al fondo*; reunidos todos ellos, junto al mencionado *Ni guerra, ni paz*, en el libro *Paisajes de guerra*, todo un hito del periodismo literario en español.

El presente estudio se enmarca en la creciente atención académica hacia los corresponsales de guerra, como lo demuestran en los últimos años, por circunscribirnos solamente como ejemplo al país natal de Goytisolo, las investigaciones consagradas a los enviados españoles, tanto periodistas profesionales como escritores comprometidos con su tiempo³.

Una lectura del “Diario palestino”: el yo al servicio de los otros

El “Diario palestino” arranca en primera persona con una clarificadora introducción del autor acerca de por qué esperó hasta junio de 1988, con 57 años, para viajar a Jerusalén, a Israel, a Palestina, una demora extraña en alguien tan interesado como él en las culturas musulmana y judía y en general en la historia de los países orientales, sean árabes, turcos o persas. Se prohibió a sí mismo ir allí antes, explica, por fidelidad a la causa de los palestinos desposeídos de sus tierras tras la creación en 1947 del estado de Israel y la posterior invasión israelí de 1967 de Jerusalén Este y Cisjordania, y se prometió no ir hasta la retirada del ocupante a las fronteras internacionales reconocidas tras el armisticio de 1948 (*Obras completas* VIII 133). Declara que en otoño de 1968 fue por primera vez a Oriente Próximo y que en Líbano, Siria y Jordania tuvo sus primeros contactos con refugiados palestinos (133). En Jordania se encontró con guerrilleros en el exilio de Al Fatah, el movimiento liderado por Yasir Arafat, y entrevistó a uno de sus jefes, como recoge el ya mencionado reportaje que publicó el 6 de

³ Mencionemos, entre otras, las de Del Campo Cortés (*Juan Goytisolo, cronista de la guerra...*), Del Paso Gallego (*Rol de las mujeres periodistas españolas...*), Diez Barriuso (*El reportero en zona de guerra...*), García Palomares (*El origen del periodismo de guerra actual en España...*), González et al. (*Testimonios del desastre...*) o López Alcón (*La narrativa breve y la crónica de guerra...*).

enero de 1969 en *Le Nouvel Observateur* de París. En ese primer viaje vio, pero no pisó, Palestina: se acercó desde el lado de Jordania, en Karama, a contemplar “la nueva frontera del puente Allenby y la orilla occidental del Jordán” (133). Se mantuvo fiel a su principio de no pisar esas tierras mientras durara la ocupación hasta que, veinte años después, el proyecto de hacer con su amigo el cineasta Rafael Carratalá una serie de televisión para TVE, dedicada al mundo musulmán y titulada *Alquibla* como el lugar de la mezquita que marca la dirección de La Meca, le dio la excusa para que se desvanecieran sus “escrúpulos” y su “ineficaz e insignificante repudio moral” (133). Encontró así un motivo de peso para viajar al fin a Israel-Palestina y entrar en la mítica ciudad de Jerusalén. Había encontrado, dice, dos razones que justificaban la expedición sin “violentar” sus “convicciones” y “sentimientos”, dos razones que aparecen siempre en todos sus reportajes, enunciadas como aquí: “dar testimonio” en defensa de las víctimas (en este caso, para él, los palestinos) y combatir el “engaño ofuscador de los mitos” que distorsionan la realidad. En definitiva, rescatar la verdad y contarla (133).

En este punto, conviene subrayar que Goytisolo sitúa explícitamente su punto de vista narrativo en la tradición específica del “testimonio” como relato veraz de la experiencia personal. La entrada del *Diccionario* de la Real Academia Española (RAE) sobre qué es un testimonio define la esencia del “Diario palestino”. Sobre este concepto, la RAE da seis acepciones, cinco de ellas ajustadas a la idea de verdad escrita con que la usa el autor al presentarse como testigo presencial: el testimonio es (1) “atestación o aseveración de algo”; un (2) “documento autorizado por funcionario público, en el que se da fe de un hecho o se transcribe total o parcialmente el contenido de otro documento” —en el caso de Goytisolo, él ejercería de funcionario público oficioso, como escritor, periodista o intelectual que asume el compromiso con el público de transmitirle la realidad—; (4) una “prueba, justificación y comprobación de la certeza o verdad de algo”; (5) “cada uno de los textos manuscritos o impresos que constituyen la tradición textual de una obra” y, en desuso, sinónimo de “testigo”.

Pero su texto, como veremos, inserta características del “testimonio” personal y del “diario” en la construcción de un reportaje amplio, en el que su voz actúa de hilo conductor que engrana las voces de los otros, a través de diversas fuentes orales y escritas, si asumimos como definición de reportaje la que aparece en *Libro de estilo*, escrito institucionalmente por

El País, como “género que combina la información con las descripciones e interpretaciones de estilo literario” (34).

Este *Libro de estilo*⁴ prohíbe a sus periodistas y colaboradores el empleo de la primera persona del singular en los textos estrictamente informativos, como las noticias, “salvo casos excepcionales autorizados” (25); pero no veta el *yo* narrativo cuando se trate de géneros híbridos como el reportaje o la crónica, de artículos de opinión o de géneros discursivos en los que prime precisamente el valor de la firma de su autor, como es el ejemplo que nos ocupa.

En su estudio teórico *Literatura y periodismo*, Albert Chillón rebate la división habitual de los textos en categorías separadas de ficción y no ficción, como una convención que no refleja la realidad ontológica del lenguaje. Argumenta que todos los actos de dicción implican una ficción puesto que son una creación y representación del mundo y no su reproducción; y que, por consiguiente, lo único que cabe es distinguir los grados de esa ficción según una escala que va “de la mayor referencialidad posible a la mayor fabulación posible” (38). Según su clasificación, solo hay textos ficticios, aunque de dos tipos generales: de “*enunciación [o dicción] ficticia o ficción explícita [o manifiesta]*” (lo que comúnmente se entiende como literatura de imaginación, sea realista o fantástica), y de “*enunciación [o dicción] facticia o ficción tácita*”, de “*vocación veridicente*”, en los que lo ficticio es mínimo, “*no intencional*” e “*inherente*” a su condición lingüística. Estos textos de *dicción facticia* (en referencia al *factum*, al hecho) regidos por el “*pacto de veridicción* entre los interlocutores” se distinguen a su vez en dos clases: los de tipo “*documental*”, caracterizados por su *veracidad* intencional y su alta *verificabilidad*, como en los géneros periodísticos de la información, la crónica y el reportaje; y los de dicción “*testimonial*”, reconocibles por su *veracidad* intencional y su “*escasa verificabilidad [o problemática]*” (o “*problemática*”), entre los que estarían las obras de la literatura testimonial, autobiográfica o del *yo*, como los libros de memorias, los dietarios o los relatos de viajes (38-39; los énfasis son de Chillón y los agregados entre corchetes corresponden a las variantes de sus definiciones en la edición ampliada de 2014).

Aplicando este modelo teórico de Chillón, podemos definir el “Diario palestino”, de Juan Goytisolo, como un texto de dicción facticia que combina elementos del tipo

⁴ La primera edición de venta al público del *Libro de estilo* de El País es de 1990 aunque sus versiones originales de uso interno datan de 1976 y 1980.

documental (reportaje) y del tipo testimonial (diario y relato de viaje). El periodismo que practica aquí Goytisolo lo podemos definir también, en otras palabras, como un reportaje ensayístico, documental y testimonial, escrito en primera persona, que emplea de forma *sui generis* información y opinión, descripción y análisis, voz propia y declaraciones ajenas, poesía y otro tipo de datos.

Se atribuye una mayor relevancia a los textos en los que, como es lo normal en el reportaje o la crónica, los narradores son testigos directos de lo que cuentan y basan su relato en su propio trabajo de campo. Este principio clásico es también el que entiende Goytisolo, como se deduce del énfasis que, apelando al pacto de credulidad con los lectores, pone al expresar su voluntad de veracidad y señalar su situación de narrador *in situ*.

Al ser un reportaje en forma de diario, es lógico que toda la narración se desarrolle desde el punto de vista limitado pero directo del autor, que va consignando sus peripecias de rodaje en inmediata cercanía con los hechos. Hay que resaltar que su *yo* interviene como guía omnipresente, pero no se convierte en protagonista principal de la narración ni acapara la atención del lector sobre su figura y su intimidad como en los diarios personales. Más bien, la primera persona del singular es aquí el altavoz del que se vale como instrumento el escritor, ya entonces uno de los más conocidos en lengua española, para mostrar y denunciar el sufrimiento de los otros y para acreditar que sabe de lo que habla y, como evidencia, narra su experiencia desde el lugar de los hechos. De esta forma, esgrime su *yo testimonial* como fuente de autoridad informativa para reforzar el valor documental de sus descripciones y entrevistas. El héroe coral de su diario son los palestinos, no el *yo* de su mundo interior, sino el prójimo del mundo exterior.

Volviendo a su texto, Goytisolo nos cuenta que el rodaje del capítulo dedicado a la Intifada o insurrección palestina contra la ocupación israelí de Cisjordania, Gaza y Jerusalén Este, en la que se considera la “tercera guerra palestino-israelí” (*Obras completas* VIII 134) tras las de 1948 y 1967, lo iniciaron en Jordania grabando a los refugiados palestinos del éxodo de 1948, en el *mujayam* o campo de Husein de la ciudad de Irbid, y en el valle de la Bekaa (situado en Líbano, aunque no lo precisa) a los exiliados instalados allí tras la invasión de la guerra de los Seis Días de 1967. De estos refugiados, señala su trágico destino de vivir de la escasa ayuda internacional, pero frustrados y sin poder rebelarse ni “disponer siquiera de la posibilidad de luchar a pedradas, como sus hermanos de Gaza y Cisjordania, por la supervivencia de su

identidad y la consecución de “un Estado propio” (134). Tras la filmación de los refugiados palestinos para el capítulo de *Alquibla*, el equipo de Goytisolo y Carratalá se dirige a trabajar en “un amable intermedio turco” de dos semanas en Estambul y la región turca de Tracia para, a continuación, desde el aeropuerto estambulí de Atatürk, volar el 13 de junio de 1988 a la ciudad israelí de Tel Aviv. “Los siguientes capítulos [del “Diario palestino”] desenvuelven y glosan las anotaciones tomadas a vuela pluma durante las diez jornadas de rodaje (134), aclara el autor⁵. Con esta referencia temporal, se entiende que su primer viaje palestino se prolonga desde el 13 hasta el 23 de junio de 1988, aproximadamente.

En el fragmento II del “Diario palestino”, describe la llegada al aeropuerto Ben Gurión de Tel Aviv en un vuelo de la compañía israelí El Al y el cruce sin contratiempos de la frontera. En este viaje, Goytisolo se mueve con un apoyo logístico y diplomático del que no gozan muchos periodistas; además del respaldo de la embajada israelí, en forma de carta de presentación, cuenta con el canciller de la embajada de España en Israel que acude a recoger al equipo de la televisión pública española y lo acompaña en coche hasta el hotel American Colony, en Jerusalén Este. El hotel, con su paisanaje de periodistas e hipotéticos agentes secretos, se convertirá en un lugar querido para el autor, que volverá a él en su siguiente viaje israelo-palestino de 1995. El apartado III se centra en su visita con Rafael Carratalá, director de *Alquibla*, y del jefe de producción, Manuel Artiz (aunque no lo identifica por su nombre), al consulado español en Jerusalén, donde el cónsul les facilita un guía provisional palestino para hacer su primera inmersión en el laberinto de la Ciudad Vieja hasta el Santo Sepulcro. Pero el experimentado viajero sufre una crisis. Y es que la soledad es condición indispensable para el escritor sin ataduras: “La afluencia de fieles me agobia, y abandono la cola, las apreturas y explicaciones políglotas para un vagabundeo solitario por las calles cercanas” (*Obras completas* VIII 136). Al cabo de un rato, regresa al grupo para seguir a su guía por la Vía Dolorosa hasta una de las entradas al recinto de la explanada sagrada, donde se alza la mezquita de Al Aksa sobre los restos del antiguo templo judío y donde, según la tradición musulmana, Mahoma “emprendió el *miarax* o escala nocturna a los cielos, a la que se alude en

⁵ Siempre escribía a mano, nunca a máquina ni ordenador. El manuscrito autógrafo final del “Diario palestino” se conserva en el Archivo-Biblioteca de la Diputación de Almería (España) dentro del *Fondo documental Juan Goytisolo* que el escritor donó a la provincia almeriense. Es un cuaderno de 22 centímetros y 86 hojas, conservado con la signatura AM-12/14, según registra la página 6 del catálogo del fondo.

la azora XVII del Corán” (137), como nos informa el diarista con erudita precisión. Goytisoló cuenta que en 1969 y 1982 extremistas judíos atacaron este lugar fundamental de los musulmanes, “tercer templo sagrado y primera alquibla del islam”, en alusión a su importancia tras las sedes espirituales de La Meca y Medina hacia las que apunta la alquibla de Al Aksa; describe el sitio con rigor y se entrevista con el muftí, máxima autoridad religiosa de la mezquita. En el apartado IV nos cuenta el encuentro en el hotel American Colony con “Saleh Abdel Yawad, profesor de historia en la universidad palestina de Bir Zeit⁶” (138), en la tarde del mismo día (el primero de trabajo desde el aterrizaje) en que por la mañana fueron al consulado y a continuación recorrieron la Ciudad Vieja. Es el martes 14 de junio. El contacto con Yawad se lo ha facilitado a Goytisoló en París el editor palestino Elias Sanbar, redactor jefe de la *Revue d'Études Palestiniennes*, la publicación en la que precisamente el escritor español publicará este “Diario” traducido al francés.

El profesor Yawad promete buscarles “el chófer de confianza y una furgoneta con matrícula jordana” (138) que Goytisoló y sus colegas le han pedido con urgencia para poder moverse sin llamar la atención por los territorios ocupados. Mientras tanto, los lleva a dar una vuelta por Jerusalén y sus alrededores: el Monte de los Olivos, las colonias judías, los miradores. Este nuevo paseo vespertino le permite a Goytisoló completar con una visión exterior de conjunto el retrato que ha iniciado con su recorrido de esa mañana por el interior de la Ciudad Vieja, yendo así de adentro afuera para ampliar cada vez más el campo visual. La observación cenital desde el mirador extramuros, le ofrece a la vista las señales para una lectura crítica sobre la traslación arquitectónica y urbanística de la represión y sometimiento que ha supuesto la ocupación israelí de Jerusalén Este desde 1967. Gracias a las indicaciones de su nuevo amigo, Saleh Abdel Yawad, puede reconocer los restos ocultos de las casas palestinas borradas del mapa. El paseo con el profesor, al que su colega español llama por su nombre de pila, Saleh, continúa con una visita a Ramala⁷, la capital administrativa de Cisjordania, donde él vive con su mujer e hijos.

⁶ El historiador palestino es profesor en la misma universidad, la Bir Zeit (también escrita Birzeit) de Ramala, en la capital política del territorio palestino de Cisjordania. Luego de 23 años, el 12 de marzo de 2011, Goytisoló recibiría en un solemne acto el premio literario con el nombre de su amigo el poeta palestino Mahmud Darwish.

⁷ Señalamos aquí una leve incongruencia ortográfica que se puede corregir en el futuro: en la edición del “Diario palestino” dentro de las *Obras completas* que seguimos, Ramala aparece escrito sin tilde, con acento llano, pero

En la excursión a través de zonas palestinas, Goytisolo registró el impacto de la huelga convocada por los organizadores de la intifada. Como su vehículo tenía matrícula israelí, se acercaron niños con la intención de apedrearlo, lo que impidió su anfitrión saltando a tierra y explicándoles que los españoles del grupo de Goytisolo son “amigos”. Finalmente, contrataron como chófer a un paisano de Saleh, Yunus, que es “vivo, ágil, despierto y, como descubriremos luego, sabe enfrentarse a toda clase de situaciones con gran seguridad y sangre fría” (139). Esta referencia en *flash-forward* temporal adelantando acontecimientos futuros nos indica que Goytisolo estaba redactando el conjunto de su “Diario palestino” con posterioridad al viaje, aunque insertando en él las notas que ha ido apuntando día a día.

En la parte V, Goytisolo cuenta con humor cómo, por consejo de Yunus, su nuevo chófer, tiene que cambiar su indumentaria y en cierto modo disfrazarse para pasar más desapercibido, sustituyendo “su gorra verde de visera de aspecto vagamente militar”, que puede “ser confundida con las del ejército israelí”, por lo único que encontró a mano en la tienda del hotel, “un sombrero de turista americano con palmeras”. Cierra la autoparodia constatando, burlón, el éxito de su camuflaje:

Aunque me da un aire idiota, no se presta a equívocos. Como he dicho desde mi llegada a los amigos, estoy dispuesto a afrontar lo que sea si viene de los israelíes, pero no quiero recibir ni una piedrecilla de los palestinos. Algún ángel o *xinn* atenderá mis votos: cuando en un campo de Gaza los chiquillos nos despidan días más tarde a cantazo limpio, saldré afortunadamente del lance sin el menor rasguño. (*Obras completas* VIII 139-140)

En la tercera jornada, el 15 de junio, comienzan el rodaje, con primera escala en la Ciudad Vieja que estaba vacía por efecto de la huelga palestina de cada miércoles en solidaridad con los estudiantes presos. Por mediación de Yunus, unos muchachos les proponen “ir a una casa asaltada horas antes por un comando” israelí (140). Así, espontáneamente, en la calle, surge la oportunidad de su primera entrevista sobre el conflicto. Su relato es periodístico, sintético, rápido, y escoge elementos llamativos y simbólicos:

en los reportajes de la serie *Ni guerra, ni paz*, de 1995, incluidos en el mismo volumen, se convierte en Ramalá, con tilde aguda.

Entramos por un patio común en una pequeña vivienda con las ventanas y las puertas destrozadas, muebles patas arriba, objetos y enseres esparcidos por el suelo. Una veintena de soldados arremetieron sin previo aviso contra ella desde la calle y los tejados vecinos en busca de un joven de dieciocho años acusado de lanzapiedras. El padre del detenido, un señor ya mayor, delgado y digno, todavía conmocionado por el suceso, acepta referir los hechos ante la cámara. La madre me invita a sentarme entretanto con sus hijas e hijos: los militares no sólo han destrozado cuanto han podido, ¡se han llevado también la jaula de los pájaros!

¿Qué mal podían haberles hecho esos inocentes animalitos? Su voz es apenas audible y, al despedimos, después de enseñarme la foto del chico preso, tiene todavía el valor de forzar una dolorida sonrisa. (*Obras completas* VIII 140)

De este pasaje nos interesa subrayar la expresión “referir los hechos”. Cuando recaba testimonios, lo que le importa a Goytisolo, como a cualquier informador profesional, es que sean objetivos, auténticos, verdaderos; pues la fuerza de los testigos reside solo en transmitir la realidad desnudada de toda propaganda, los hechos exactos. Al padre del joven detenido le piden que simplemente exponga su historia de frente y a cara descubierta, que se dirija a la cámara y le hable al invisible telespectador mirándole a los ojos. Que cuente qué ha pasado sin más. Enunciar al mundo y hacerlo público a través del periodista, el abuso que sufre es la pedrada verbal que lanza la víctima-testigo contra el sistema represor que ha arrasado su casa.

De vuelta a la calle, “otros curiosos” les insisten para que vayan a comprobar “*de visu*” (*Obras completas* VIII 141) otros allanamientos de morada en el campo de refugiados de Qalandiya⁸. Aquí Goytisolo narra usando su predilecta expresión latina *de visu*, ver la realidad por uno mismo, que emplea recurrentemente en toda su obra periodística, cuando ejerce de reportero en el lugar de los sucesos. Qalandiya es su primera incursión en un campo de refugiados palestinos en territorio ocupado y el primer rodaje fuera de Jerusalén: el equipo cada vez se va aventurando más lejos. Encuentran la casa en la que quieren rodar, que ya no les sirve como escenario de la represión israelí porque la dueña ha arreglado y limpiado el caos; pero el encuentro con un allegado de ella origina una curiosa escena de sospechas y

⁸ En 1995, en *Ni guerra, ni paz*, escribe Qalandiya como Kalandía.

malentendidos en la que se basa el autor para exponer los problemas que van a encontrar en el viaje sobre la certificación de la identidad verdadera. El hombre de la casa lo toma por judío y lo saluda con el *shalom* hebreo, que significa paz:

aunque le respondo *aleikum salam* [el saludo musulmán, “que la paz esté contigo”], después de una breve conversación en inglés, me pregunta si hablo hebreo. Le digo que no, y no parece convencido. Lo escribe o lo lee al menos, insiste. Inútilmente le explico que somos españoles: mi árabe dialectal marroquí, que empleo para persuadirle de ello, refuerza involuntariamente su convicción contraria, pues se lanza a un discurso sobre la necesidad de que árabes y judíos *vivamos* en paz. La identidad dudosa de nuestro equipo [...] será una de las constantes del rodaje y una fuente de equívocos y tensiones larvadas que no siempre alcanzaremos a disipar. (141-142, el agregado es nuestro)

Esta escena nos indica que, en 1988, Juan Goytisolo —para entonces lleva más de veinte años pasando largas temporadas en Marruecos— habla ya el suficiente árabe dialectal marroquí como para comunicarse en el mundo árabe, aunque las diferencias del idioma entre un país y otro sean a veces muy grandes y dificulten la conversación.

Prosiguen hasta Ramala para grabar allí los efectos de la huelga. El observador visitante se da cuenta de que están siendo observados, a su vez, tanto por los militares israelíes como por la población palestina. En este tenso escenario, de repente sucede lo imprevisto, la chispa de un contacto humano que desdramatiza el ambiente. Un recluta israelí se dirige a ellos en un castellano jocos: “¿Qué les pasó ayer en el fútbol con Alemania?”, pregunta un muchacho rubio en nuestro idioma, aludiendo con un deje de burla a la derrota de la selección española” (142). Lo que importa de esta anécdota es su valor para humanizar a los uniformados del bando representado como opresor: este inocente detalle futbolístico obliga al periodista y a su lector a reconocer que detrás de los fusiles y guerreras de los militares hay también chicos tan jóvenes como los que les tiran piedras y son víctimas de sus disparos.

El jueves 16 de junio del mismo año, en el episodio VI del “Diario palestino”, graban en la Ciudad Vieja de nuevo, pero para mostrar el contraste entre sus calles llenas y las calles desiertas en el día de la víspera de la huelga. Hay tanta gente en la Jerusalén histórica que “el forastero podría creer que se halla en Fez o en El Cairo si no fuera por la ronda intempestiva de las patrullas” israelíes (142.), dice el narrador, que es el forastero con experiencia en esas

ciudades de Marruecos y Egipto. Ruedan dentro y fuera de las dos mezquitas del Domo de la Roca y después acuden al hospital palestino de El Mokasad, donde “un personal abnegado atiende a las víctimas de la intifada” (143). El reportaje se frustra, en parte, por la desconfianza de algunos pacientes, que sospechan del equipo de televisión español creyendo que pueden ser israelíes. Solo aceptan hablar a la cámara un doctor y dos jóvenes heridos de bala.

La reflexión sobre el problema de la identidad continúa cuando, tras el final del día de rodaje, saca a colación el caso de un israelí, Samuel Cohen, atacado por extremistas “que lo tomaron por árabe pese a sus protestas de que era judío” (*Obras completas* VIII 143-144). Su argumentación paradójica es muy profunda y en ella Goytisolo pasa de la descripción de los hechos vividos a la toma de postura para defender la necesidad de la mutua comprensión como vía para superar el conflicto causado por el rechazo al otro y al diferente. Para su comentario, bebe en la fuente de un articulista, al que no identifica, de *Al Fajr* [La Aurora], periódico árabe publicado en inglés en Jerusalén Este entre 1971 y 1993 y considerado la voz oficiosa de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) de Arafat:

La confusión me parece tan significativa como inevitable: palestinos e israelíes se asemejan a veces como gotas de agua, comparten la misma lengua, comen igual, cantan las mismas canciones, gesticulan de manera idéntica. Si, como observa un articulista de *Al Fajr* parafraseando a Sartre, el antisemitismo no es tanto una opinión como una situación, no cabe la menor duda de que un número creciente de Cohens se sentirán en un momento u otro, de forma abrupta e involuntaria, en la piel ardiente de un palestino para quien la vida se ha vuelto irrespirable. ¿Será por ello que los más afectados por tan turbador parecido se aferran a la dialéctica de la alteridad, que niega a los otros lo que exigen para sí mismos? (144)

En la parte VII, del “Diario palestino”, se centra en contar los eventos del rodaje del viernes 17 de junio, el día de la plegaria musulmana en la Explanada de las Mezquitas. Aunque tienen permiso del muftí para filmar la oración dentro del recinto, la policía israelí no les deja entrar y deben grabar desde el exterior. Resume el contenido del sermón del día, que avisa que “mientras Al Aksa permanezca sojuzgada, los árabes no serán libres” (145), y que llama a un panarabismo identificado con la suerte de los palestinos y de sus lugares sagrados de

Jerusalén. Luego entrevista a su amigo el profesor Saleh Abdel Yawad en el hotel y van con él a filmar por fuera asentamientos de colonos judíos.

Entramos en el apartado VIII, del “Diario palestino”, que es el más extenso en la medida en que es también el más rico en sucesos. Deducimos que este día de rodaje, siguiendo el orden cronológico que es el sábado 18 de junio, comienza con la grabación de tomas desde un mirador del Monte de los Olivos, donde el narrador, que continúa siempre su relato en tiempo presente, capta una escena para denunciarla: una guía le señala un cementerio judío “profanado por los jordanos” antes de la guerra de 1967 y de la ocupación israelí a un grupo de turistas franceses ;pero “no hace la menor referencia a la destrucción de barrios y monumentos de indudable valor histórico ni a la expulsión de centenares de familias palestinas de sus viviendas conforme a los planes israelíes de saneamiento y judaización de la ciudad” (146). De nuevo, Goytisolo combate la falsificación de la historia, la ocultación interesada de unos hechos en beneficio de otros que se agigantan, la exhibición de unas víctimas y la negación de otras. Una injusticia que es una de sus grandes preocupaciones como escritor y periodista y que procura siempre destapar y denunciar.

El equipo español de televisión se dirige, acto seguido, a Ramala, donde se detienen a filmar un neumático que, como símbolo de las protestas, arde en un cruce. El relato de sus vaivenes por la población es muy dinámico, para reflejar, en modo de montaje visual, el frenesí de las acciones de manifestantes y militares: “Al otro extremo de la calle, vemos de súbito el correcorre de varias patrullas en direcciones opuestas. Nos precipitamos tras ellas mientras los cierres metálicos de los bazares caen con la rapidez de telones de teatro” (146-147). Un oficial israelí los echa de Ramala al haber sido declarada zona militar “y, por consiguiente, prohibida” (147). El tema de la lucha del observador, del periodista, por penetrar en territorio prohibido o vedado por una autoridad injusta es una constante en la obra informativa de Goytisolo y aquí asistimos a este ejemplo. Pero no cesa en su empeño de ver lo velado. Desde Ramala, se dirigen a la población palestina de Naplusa (o Nablus) para seguir grabando, y, en el camino junto al campo de refugiados de Yalazún, les corta el paso una barrera de control del ejército israelí; de nuevo, un obstáculo para acceder a su destino, pero esta vez consiguen franquearlo porque Yunus, el chófer, ha traído hoy un minibús con matrícula israelí “cubierto de avisos en inglés y árabe: *sahafa, Spanish television*” [periodistas, televisión española] y los centinelas aceptan los permisos de rodaje que les muestran (147).

El narrador ha leído en la prensa matutina que el pueblo de Beit Furik, “cercado desde hace quince días por la célebre y temida brigada Golani, fue asaltado la víspera de madrugada” (147). Esta noticia lo impulsa —como hará después en las guerras de Sarajevo, Chechenia o Argelia de los años 90— a ir a comprobarla por sí mismo, siguiendo la llamada de la actualidad informativa. Su propósito les obliga a tener que sortear y burlar el cerco militar israelí sobre Beit Furik, asumir riesgos, infringir la censura territorial castrense, para poder llegar al lugar de la noticia. En un puesto de control, un soldado les comunica que están en zona militar y los obliga a dar media vuelta (147).

Buscan información en el hospital Al Ittihad de Naplusa, donde son muy bienvenidos por los heridos en el asalto militar de la víspera y sus familiares. Esta vez, todos quieren hablar ante estos periodistas extranjeros que han logrado penetrar hasta allí, a pesar de las trabas militares; ven en los informadores a los dignos notarios de la realidad que van a dar fe del abuso sufrido y a contarlo al mundo para intentar que las víctimas no caigan en el olvido absoluto de lo no conocido. Goytisolo habla en el hospital con jóvenes de Beit Furik que escaparon del cerco. Está empeñado en seguir avanzando. Al enterarse de que hay una vía, un atajo, un pasadizo, este camino terrero para sortear el asedio militar y entrar en el pueblo sitiado, el periodista y su equipo no lo dudan y se encaminan a la aldea de Salem para, desde allí, alcanzar su objetivo. Vecinos de esta localidad los apoyan, les desean éxito y “garabatean apresuradamente nombres y mensajes para los sitiados de Beit Furik”, de manera que, señala el cronista, su vehículo “servirá así de improvisado correo entre los dos pueblos” (148). El equipo de televisión de Goytisolo asume una doble misión social: acceder al sitio prohibido para informar al mundo exterior de la suerte de sus olvidados habitantes y comunicar a estos con las poblaciones vecinas. Los forasteros son a la vez heraldos y puentes.

Todo este episodio de la aventura para entrar en el pueblo sitiado de Beit Furik, el sábado 18 de junio de 1988, cuenta la primera historia de sitiados en la carrera de Goytisolo como corresponsal de guerra; luego vendrán los cercados de Sarajevo en 1993, 1994 y 1995; los de Gaza y Cisjordania en 1995 y los de algunos pueblos de Chechenia en 1996. La idea del sitio, del cerco, del asedio, del acoso tiene en este fragmento del “Diario palestino” su gran precedente. Él asume el papel de emisario del bien, de la humanidad, que rompe el cerco para dar su testimonio y recoger testimonios de otros, comunicarlos con el mundo exterior, expresar solidaridad, sacarlos del aislamiento. La descripción de la travesía va *in crescendo*, y, al conseguir penetrar en el pueblo sitiado, la gente los acoge como enviados providenciales.

La expedición ha culminado con éxito y él se encarga de subrayar además con orgullo periodístico que son “los primeros testigos” (149) en llegar del exterior. Lo que cuenta a continuación viene acreditado, por tanto, por la autoridad de haber estado allí y haberlo visto con sus propios ojos, sin intermediarios, en el epicentro de la noticia.

Los pobladores se vuelcan a dar su testimonio. Goytisolo resume sus declaraciones en un relato colectivo y cronológico sobre los hechos ocurridos desde el comienzo de junio, cuando los cercaron para “acabar con la campaña de desobediencia civil respecto al pago de impuestos”, impidiéndoles, de ese modo, recoger la cosecha. También informa del objetivo de los israelíes, “dinamitar la casa de Ahmad Hanani, cómplice del atentado que costó la vida al alcalde de Naplusa, acusado por sus compatriotas de colaborar con el enemigo” (*Obras completas* VIII 149). Recordemos que un castigo habitual israelí es destruir las casas familiares de los acusados de terrorismo. Agrega que los asaltantes, al retirarse, echaron “arena en los motores de los camiones” de los vecinos (149).

El trabajo del reportero continúa en la casa de un joven muerto por un disparo, Husein Ahmed Mleitat, a lo que lo lleva el gentío y donde él y sus colegas españoles le dan el pésame al padre. En un ambiente festivo, animados por la presencia de los periodistas extranjeros que han logrado comunicarse con ellos, los vecinos agitan banderas palestinas y retratos de Yasir Arafat, el líder palestino. Los locales quieren compartir su triunfo coral con los visitantes: “Sobre las ruinas de la casa dinamitada, una multitud de chiquillos y jóvenes nos hace la V de la victoria” (149).

Esta jornada en el pueblo incomunicado y luego comunicado, gracias a la intervención del escritor, se alza como una pequeña gran historia dentro del relato general de la ocupación, como un ejemplo del conflicto a nivel intrahistórico. El viajero se ha comunicado íntimamente con la población local, con las víctimas; se ha sentido acogido, útil, completo en su misión, y deja constancia por escrito de sus emociones. Raras veces vemos eufórico a Goytisolo en su obra, y esta es una de ellas, por haber sido testigo, mensajero y artífice del triunfo, aunque sea pasajero, de la dignidad: “La visita a Beit Furik y la despedida de sus habitantes nos han conmovido: llenos de euforia, emprendemos el regreso a Salem por donde vinimos” (*Obras completas* VIII 150).

La historia da un giro brusco en cuanto salen del pueblo. “¡Los israelíes nos han descubierto!”, exclama el chófer (150). La situación es tragicómica, al tiempo que la acción

mantiene su ritmo veloz. Como temen perder el material que han filmado con los testimonios del pueblo, al ser interceptados por tres todoterrenos, deciden negar la realidad e inventarse una versión ficticia más favorable. “Decidimos mentir”, confiesa (150). Mienten en grupo al alegar que no han llegado a entrar en Beit Furik debido a que los vecinos los han tomado por israelíes y los han apedreado y obligado a retroceder, cuando lo cierto es que los han acogido con los brazos abiertos. El periodista se ve así atrapado en la paradójica situación de tener que mentir para salvar los documentos que demuestran la verdad de lo ocurrido. Mentir para proteger la verdad y que no se la confisquen. Ocultarla para mantenerla viva, en bella contradicción. Es una mentira piadosa de supervivencia en boca de un devoto de los hechos probados. El oficial que los interroga no les cree, puesto que no hay huella alguna de pedradas en el minibús y les ordena seguirlo al Cuartel General de Naplusa.

Aquí, Goytisolo se niega a firmar un texto escrito a máquina en el que, si quiere evitar un juicio, debería admitir que han entrado en zona prohibida. Su petición de hablar con el consulado surte efecto y “a las tres horas de interrogatorio” (152) los ponen en libertad sin requisarles las filmaciones. Pueden irse. Misión, ahora sí, cumplida. Porque no basta con entrar en el territorio prohibido para recoger el testimonio de sus habitantes: después hay que salir del cerco, poner a salvo el material y publicarlo.

En el fragmento IX se dirigen a contar la historia de las aldeas *liberadas*, que se resistieron a pagar impuestos “destinados a sufragar los gastos de la ocupación” (152) y sufrieron por ello asaltos militares, quedando abandonadas luego a su suerte tras la retirada de los sitiadores. Eligen como caso el del pueblo de Kafr Malik, “en una zona montañosa entre Ramala y Naplusa” (152). En esta aldea, el cronista encuentra un sorprendente vínculo que hermana a sus vecinos palestinos con el mundo hispano. Hay medio centenar de originarios del pueblo “asentados en Colombia y en otros países de Sudamérica, que vuelven anualmente a su patria chica a fin de no perder su tarjeta de residencia y ser rechazados en la frontera por los israelíes” (153). Aquí encuentran a un interlocutor idóneo: “Un señor mayor, vestido con la elegancia anacrónica de un indiano, nos refiere en correcto español lo sucedido en el pueblo” (153). El testigo local les transmite así su relato sin intermediarios, sin traducción.

Continúan la estancia en el pueblo, almuerzan en su casa con Abdulá, su responsable político, que fue “uno de los primeros presos de conciencia adoptados por Amnistía Internacional” (*Obras completas* VIII 154). En este pasaje el autor confirma implícitamente que

están en el domingo 19 de junio, porque dice que “cuatro días atrás, el 15 de junio, centenares de vecinos se manifestaron contra el paso de una patrulla israelí” (154). La visita concluye con la filmación en el valle del Jordán de unos cultivos experimentales creados por los habitantes del pueblo, que simbolizan su esperanza y resistencia, como “islotos de frescura y verdor en un paisaje de piedra, abrasado y adusto” (154).

En el episodio X del “Diario palestino”, que si sigue un orden cronológico se sitúa en el lunes 20 de junio, el autor narra su viaje por autopista a Tel Aviv junto al director de la serie, el jefe de producción y el profesor palestino. El trayecto le sirve para explicar brevemente a través del relato de este último el origen del conflicto, del que el cronista ha descrito hasta ese momento solo sus manifestaciones actuales. Al hilo de “la historia de las aldeas y pueblos barridos a ambos lados de la llamada Línea Verde del armisticio de 1948”⁹ (154), Goytisolo se pronuncia y denuncia la ocultación de esa realidad, que considera “un escamoteo histórico” al que las víctimas se oponen “con las únicas armas de que disponen: evidencia y recuerdo” (154). Es decir, con las “armas de la verdad que se puede constatar en el presente mediante restos y hechos demostrables a la vista, y de la memoria de lo que les ocurrió o les hicieron, que los habitantes nuevos que ocuparon su sitio “probablemente ignoran” (154). La evidencia son los hechos, los datos y las pruebas que recogen el periodismo y la historia, el reportero y el historiador; el recuerdo más manipulable pero más hondo e igualmente auténtico a su manera, se conserva en la memoria y en la literatura, transmitida en el relato oral y escrito. Dice en este pasaje:

La realidad de la imposición del Estado de Israel por la fuerza y el desalojo de setecientos mil palestinos ha sido objeto de un escamoteo histórico contra el que los expulsados hace treinta¹⁰ años luchan a brazo partido con las únicas armas de que disponen: evidencia y recuerdo. Sobre las ruinas de los pueblos arrasados por los *bulldozers*, los israelíes han creado

⁹ Con referencia a la independencia de Palestina del mandato británico; su reparto en dos estados, uno de predominio judío, Israel, y otro árabe, Palestina; la guerra entre ambos desatada por el intento del primero de ampliar su extensión a costa del segundo, y el posterior alto el fuego.

¹⁰ Sufre aquí un lapsus que en las diferentes ediciones no se ha corregido, pues en realidad no son “treinta años” sino cuarenta los que han transcurrido hasta 1988 desde el éxodo palestino de 1948.

florecientes colonias de inmigrados que probablemente ignoran la dramática verdad en la que asientan su sueño. (154)

En Tel Aviv acuden a la embajada española a pedir apoyo “en caso de dificultades al pasar por la aduana el negativo del filme” (la serie la ruedan en película de cine, no en cinta de vídeo) y luego van a la playa, donde Saleh se baña “en una zona reservada de modo tácito a los israelíes” (154). Pasean luego por Jaffa, la localidad pegada a Tel Aviv, en su narración le otorga personalidad humana a los edificios que han sido objeto de la represión, así como lo hará en sus posteriores reportajes de Sarajevo o Chechenia, allí repara en las “casas agrietadas y legañosas” de la antigua ciudad palestina, que las autoridades municipales prohíben restaurar “a fin de provocar lentamente su ruina y el desahucio judicial de sus moradores” (155). El recorrido continúa por una gasolinera atendida por dos jóvenes palestinos de Gaza que van y vienen cada día a trabajar a Tel Aviv. En su conversación con ellos obtiene un significativo detalle que retrata su desamparo: “Si les pilla el toque de queda, el dueño, magnánimo, les permite dormir en un camión previsoramente cerrado con candado, pues carecen de permiso para pernoctar en Israel” (155). De Tel Aviv van a Ramala para llevar a su casa a Saleh y de allí regresan a Jerusalén “con las ventanas cerradas”, como de manera furtiva (155).

El fragmento XI, se refiere al martes 21 de junio, fecha que identificamos por su mención a que “seis días atrás –el 15 de junio– hubo un enfrentamiento” (157), y en él cuenta todos sus movimientos desde que entra hasta que sale de la franja costera de Gaza. El texto nos sitúa de entrada en el puesto fronterizo, explicando con rigor descriptivo y datos exactos y pertinentes cómo los militares israelíes:

registran cuidadosamente los vehículos de transporte de los obreros agrícolas e industriales que van a buscarse el pan fuera de un gueto cuya pobreza y densidad de población –700.000 habitantes hacinados en una superficie aproximada de 370 kilómetros cuadrados– se sitúan, según la UNRWA [la agencia de la ONU para los refugiados palestinos], entre las más altas del mundo. (156, el agregado es nuestro)

Se encuentran con el contratiempo de que, como han llegado tarde, los dos taxistas contratados por Yunus, “desconocedores de la incorregible tardanza hispana”, se habían ido

(156). Un joven militar israelí se les acerca, bromea con la anotadora del equipo (la ayudante de dirección, Pepa Sánchez-Biedma) y les dice que pueden recorrer Gaza sin temor con el minibús que traen de matrícula israelí; pero no se fían y prefieren esperar hasta que encuentren taxis matriculados en Gaza, para evitar ataques palestinos. La situación es convulsa. Dos días antes había “dos muertos en Jan Yunis y una batalla campal con piedras, cascos, cócteles molotov, barricadas y neumáticos” (156), y temen que los tomen por israelíes y que los apedreen. La referencia a los disturbios mortales, le sirve al periodista para dejarle claro al lector que ha llegado a Gaza en plena intifada, no en una tregua, lo que implica tácitamente que su misión es más peligrosa y valiosa.

Consiguen finalmente los taxis gazatíes, que él dibuja en un solo y hábil trazo con su “silueta alargada de cocodrilos” (156). La problemática cuestión de la identidad, que unas veces conviene exhibir y otra esconder según con quien traten, reaparece cuando tienen que desplegar una bandera española “sobre la guantera” y cubrir “parabrisas y ventanillas de pegatinas indicativas” de que son periodistas, a fin de que no los confundan con israelíes (156). Ruedan planos generales desde la carretera, progresivamente el foco de su mirada se desplaza de lo panorámico a lo concreto y particular, de la visión exterior de la franja de Gaza a penetrar en los callejones y chabolas de sus campos de refugiados. Van al campo de Yabaliya y una patrulla castrense les ordena irse en diez minutos por ser “zona militar”: de nuevo, el pulso entre el periodista-testigo y los agentes del poder que le impiden entrar en el territorio vedado. El juego del ratón y el gato, la lucha por abrir resquicios en el muro visible o invisible que esconde la realidad y que él quiere destapar y enseñar al mundo. Diversos trabajos (*El manejo de la prensa por el Pentágono...*, 25-155; *Periodismo de guerra...*, 13-32) han analizado cómo, desde el surgimiento del periodismo de guerra moderno en el siglo XIX, los militares (tanto combatientes de ejércitos regulares como de cualquier otro grupo armado) y los reporteros bélicos, mantienen un pulso constante y desigual por el acceso, control y difusión de la información, en el que los primeros (que tienen ventaja debido a su mayor poder y sistematización) recurren, según la adhesión o no de los segundos a su bando, a métodos más o menos hostiles o amistosos como la censura, el bloqueo, el arresto, el asesinato o los premios en forma de permisos para acceder al frente. En este contexto hay que inscribir el duelo particular del cronista con las fuerzas de seguridad.

Desde un vehículo militar les gritan “Out!”, ¡fuera!, a los pacíficos intrusos que tienen el oficio de contar la verdad oculta. Se topan con más controles, alambradas, barreras. El relato de sus rodeos es trepidante. Estamos ante la rápida y fiel descripción del feo paisaje de la guerra. Una “visión alucinante”, aliviada solo por minúsculos detalles de humanidad:

¿Qué pasa?, preguntamos ingenuamente a los soldados que, con las metralletas apuntando a nosotros, nos cortan el paso. El Alto Mando ha impuesto el toque de queda, el centro de la ciudad está acordonado por la tropa. ¿No podemos filmar lo que ocurre? *OUT! OUT!* De nuevo vuelta atrás por calles con restos de hogueras y barricadas, edificios chamuscados, tiendas decrepitas, cables de tendido eléctrico festoneados de harapos, papeles y hasta un solitario zapatito de niña. (¿Cómo diablos habrá sido catapultado hasta allí?) El trayecto nos ofrece una visión alucinante de alambradas, casas en ruina, un incongruente escaparate de novias con modelos Pronuptia, siluetas fugaces y aprensivas, rostros sonámbulos, chiquillos semidesnudos acuclillados en un solar. ¡El único cine que divisamos programa una película titulada *Comando!* Atravesamos barriadas miserables, zonas polvorientas, parajes ocres súbitamente embellecidos por el estallido mirífico de los flamboyanes. (*Obras completas* VIII 157)

Han conseguido llegar junto al campo de refugiados de Al Chatti. Se apean y se adentran en él con sus bártulos de rodaje mientras los taxistas palestinos de Gaza los esperan fuera. El panorama de “intolerable pobreza” de las chabolas le trae a la memoria las que, habitadas por emigrantes andaluces, murcianos o extremeños, vio de joven tres décadas atrás en Barcelona.

Unos los reciben bien y les cuentan sus historias, como el que dice que su padre “murió intoxicado por los gases y su bebé quedó paralítico” (*Obras completas* VIII 157); Goytisolo apunta algunas frases emitidas por el grito colectivo del coro que les rodea: “¡Miren cómo vivimos! ¿Creen ustedes que es ésta una manera de tratar a los seres humanos?” (157). Son encuentros intensos y fugaces, no le da tiempo a entrevistar con detenimiento a nadie, a desarrollar una historia particular con nombre y apellidos, porque el ambiente se va enrareciendo a medida que algunos les preguntan, suspicaces, si trabajan para los israelíes. Mientras Goytisolo escucha cómo los niños dicen que Pepa, la anotadora o script del equipo, es una *cheitana*, una diabla, por ir con los hombros descubiertos y él le pide, “alarmado, que

se cubra con una camisa” a fin de evitar males mayores (157). La acción se concentra bajo la creciente tensión provocada por la dificultad para comunicarse. Las personas a las que vienen en son de paz a entrevistar para ayudarlas a difundir su voz desconfían de ellos y los malinterpretan. Se produce una rápida alteración colectiva, un extrañamiento y se desata el rechazo violento hacia los periodistas extranjeros de cuya verdadera identidad dudan:

Mientras converso con unos muchachos –mi árabe dialectal les intriga y quieren saber por qué vivo en Marruecos–, veo que mis compañeros se dirigen a la salida. Camino tras ellos, a una cincuentena de metros, sin comprender sus prisas y, sólo al llegar al punto en donde esperan los taxis, descubro que han sido apedreados por la chiquillería. Mendo [José Mendieta], el grabador de sonido [...], acaba de recibir un cantazo en el cráneo y sangra ligeramente. Pepa y el jefe de producción han salido contusionados también. Yunus y su amiga [una estudiante palestina] increpan a los alborotadores. ¿No os da vergüenza? ¿No veis que son amigos nuestros? (158)

Los guías palestinos hasta les enseñan sus carnés de identidad a los atacantes para calmarlos, pero estos no quedan convencidos del todo. Goytisolo, comprensivo, da una explicación que justifica, “en retrospectiva”, la violenta suspicacia de los agresores, que tiene que ver con la confusión de la identidad favorecida por las estratagemas del Shin Beth, el servicio de seguridad interna israelí, para infiltrarse entre palestinos disfrazando a sus agentes como periodistas extranjeros y detener “más tarde a los que aceptan hablar ante las cámaras” (*Obras completas* VIII 158). El periodista se pregunta: “La ambigüedad que envuelve nuestra tarea informativa, ¿no nos predestina acaso a este tipo de lances? Como dice Mendo con un estoicismo admirable, los chavales tienen razón. ¡Lástima que se hayan equivocado de blanco!” (158).

El periodismo, la documentación del presente, los llama a seguir trabajando. Después del almuerzo, se topan con más controles, alambradas y con enfrentamientos de “pedruscos y cascos de botella contra gases lacrimógenos y balas de goma”, que se paran a grabar “desde lejos”; pero, al verse rodeados de curiosos “desconfiados”, se van pronto, temiendo que los vuelvan a atacar (*Obras completas* VIII 159). El narrador sigue apuntando las potentes imágenes que se suceden a través de la ventanilla, que incluye en su reportaje, en su desnuda y cruda belleza yuxtapuesta. Enumeración rápida, flashes de cuaderno de notas, hallazgos:

“Cruzamos barrios míseros bajo una lluvia de piedras. Rebaños de cabras escuálidas pacen en los escombros. Niños vestidos de vaquero disparan revólveres de juguete” (159). El toma y daca con el ocupante y censor, que frustra y agobia su trabajo, corresponde al final del fragmento XI. La amenaza de prohibirles grabar y, además, de confiscarles el material ya grabado, representa la voluntad absoluta del poder para ocultar la verdad por la fuerza, *manu militari*, impidiendo que se documente libremente la realidad y se de fe de ella. Logran hacer una última foto, la del cartel que, irónicamente, dice en inglés *Bienvenidos a Gaza* (159). Juan Goytisolo se mete adrede en el laberinto, en la tela de araña, en la boca del lobo, buscando contar quién vive dentro. En Gaza lo ha probado y le ha motivado. Volverá en 1995.

El fragmento XII, del “Diario palestino”, sirve como epílogo tras el cénit de tensión alcanzado en el relato precedente de Gaza. Menciona que el 22 y 23 de junio, el equipo de *Alquibla* filma incidentes en Hebrón en torno al “doble peregrinaje [judío y musulmán] a la tumba del profeta Ibrahim o Abraham” (*Obras completas* VIII 160). También volverá a Hebrón en su viaje en solitario de 1995. Agrega que para el programa televisivo, además de entrevistar a palestinos como víctimas de la ocupación, hablaron con Israel Shahak, secretario de la Asociación israelí de Derechos Humanos, cuya postura coincide con la del autor. Sin embargo, Goytisolo ha descartado incluir el punto de vista de los defensores de la ocupación, a los que no da la palabra en ninguna entrevista.

Destina los últimos tres párrafos a establecer su postura: la represión israelí de las protestas no las sofoca, sino que las acrecienta, como demuestra “la terca realidad de los hechos” (160), hay que negociar con los palestinos, la salida a la violencia es el reconocimiento mutuo y el realismo. En definitiva, el intelectual español defiende la necesidad y la posibilidad del triunfo de la razón y de la buena voluntad frente al fatalismo y el odio:

El tratado de paz firmado simbólicamente por un grupo de escritores, artistas y universitarios israelíes y palestinos, fundado en el mutuo reconocimiento de sus respectivos Estados, retorno a las fronteras del 48 y desmilitarización de Jerusalén, convertida en ciudad abierta y capital simultánea de ambos, nos recuerda de forma oportuna que las situaciones creadas no son irreversibles y que los conflictos étnico-religiosos, por arduos y enconados que sean, tienen salida. El posible *modus vivendi* obligaría a las dos partes, como es lógico, a tomar en cuenta las realidades y abandonar sus posiciones maximalistas. (160)

Del impacto que tuvo su reportaje sirva de ejemplo la carta al director que, con el título “La intifada”, Goytisolo publica en El País el 24 de noviembre de 1988 para defenderse de las críticas que considera injustas. En ella, responde desde París a tres lectores, Luisa Futoransky, Enrique López e Israel Hernández, que lo acusan de antisemitismo por su trabajo del 11 de septiembre. Goytisolo niega esa acusación que, conociendo su obra reivindicadora de la cultura judía y de denuncia de la persecución contra ella, no tiene base; sino que explica las motivaciones de su diario. Afirma que su objetivo se limitó a “consignar como simple testigo (...) los acontecimientos vividos *in situ*” y “la violencia y atropellos” de la ocupación. Y añade:

Convertir mi condena de la ocupación militar israelí en un panfleto antisemita como pretenden estos lectores es una falsificación flagrante [...], harían mejor en recorrer como yo durante unos días el infierno cotidiano de Gaza y Cisjordania. Las odiosas persecuciones de que ha sido objeto el pueblo judío a lo largo de su historia [...] no excusan, no obstante, la política del Estado israelí en los territorios ocupados ni el tratamiento impuesto a un pueblo inocente, condenado a pagar por los crímenes del antisemitismo europeo. (18)

Tras leer su “Diario palestino”, estamos de acuerdo con él en que, efectivamente, es imposible ver en el texto ni rastro del antisemitismo y racismo que esos lectores denunciaron. La crítica de Goytisolo se refiere a las políticas del Estado ocupante israelí y nunca a la religión o raza de su población. Pero la lectura tergiversadora que algunos hicieron de su diario-reportaje es una buena muestra de cómo la ideología radical nacionalista e identitaria proyecta, sobre el mundo y sus textos, realidades inexistentes.

Excluido como motivo de demérito que sea antisemita, lo que podría cuestionarse, al autor de esta obra documental-testimonial, es: si se ha atendido a las reglas profesionales y deontológicas del rigor periodístico y de la honestidad intelectual, enunciadas por el *Libro de estilo* de El País —por mencionar el documento del periódico con el que más colaboró y en cuya revista dominical publicó esta pieza— y por otros manuales del oficio sobre atribución, clasificación y uso de fuentes, como los recopilados por Ruiz y Albertini (“Fuentes periodísticas...”, 14-25). En este sentido, la cantidad, variedad, pertinencia, relevancia y exactitud de los materiales informativos que acopia de primera mano sobre el terreno tras hablar con decenas de personas, permite afirmar que cumplió con excelencia los criterios

comúnmente aceptados de calidad periodística que se debe exigir a cualquier reportero; en este caso, a un corresponsal de guerra, cuya misión lo obliga a ir más allá de los discursos oficiales y a evitar la propaganda, especialmente intensa en áreas de conflicto. Como advierten Pizarroso, Sapag y González (*Periodismo de guerra* 33-44), uno de los factores endógenos que condicionan y afectan el trabajo del periodista de guerra es su posible compromiso ideológico, que hace que, por patriotismo o convicciones ideológicas de cualquier tipo, pierda la neutralidad y se convierta en un mero propagandista del propio bando. Goytisolo, periodista extranjero en Israel y los territorios de Gaza y Cisjordania, adopta una clara postura crítica con el ocupante, el poderoso, y se pone del lado de la población palestina, a la que considera la parte débil y la mayor víctima; pero, en la mencionada carta de réplica, destaca para fundamentar la honestidad de su posición que se ha limitado a “consignar como simple testigo” la realidad de la ocupación, es decir, sin ánimo de tergiversarla. Su “Diario palestino” es un reportaje subjetivo que excluye la mentira.

Una propuesta editorial para concluir

Juan Goytisolo o sus editores podrían haber reunido juntos el “Diario palestino” de 1988 y la serie *Ni guerra, ni paz* de 1995, pues en esta segunda estancia el autor tiene como claro referente y término de comparación su misión de siete años atrás, que evoca para describir lo sucedido en ese lapso. Los dos testimonios de Goytisolo forman un díptico y como tal proponemos que figuren, contiguos, en la edición de un futuro libro que reúna específicamente sus textos consagrados a la causa palestina y, en particular, los reportajes documentados sobre el terreno. Esta antología temática debería incluir, además de las obras mencionadas, la entrevista a los guerrilleros en Jordania publicada en París en 1969; las crónicas “De Netania a Ramala” y “Memoricidio en Ramala”, sobre su tercer viaje palestino, de 2002, y “Homenaje a Mahmud Darwish en Ramala”, escrito en relación a su última estancia en 2011.

Las fotos palestinas de Goytisolo, tanto las que hizo en 1988 y están depositadas en su fondo documental de Almería, como las que tomó en el viaje de 1995 y se guardan (aunque aún sin catalogar) en su otro fondo en el Archivo General de la Administración en Alcalá de Henares (Madrid), que permanecen inéditas, podrían ser un magnífico complemento para

ilustrar sus reportajes sobre esta región de Oriente Próximo dentro de una posible reedición de sus trabajo periodísticos como corresponsal de guerra.

Referencias

- Bauluz de la Iglesia, Alfonso. *El manejo de la prensa por el Pentágono: análisis de los recursos empleados para modular la narración de los periodistas empotrados con las tropas estadounidenses en las guerras de Irak y Afganistán*. 2015. Universidad Complutense de Madrid, tesis doctoral. Digital: <https://eprints.ucm.es/id/eprint/29419/1/T35943.pdf>
- Chillón, Albert. *Literatura y periodismo: Una tradición de relaciones promiscuas*. Valencia: Universitat de València, 1999. Impreso. Segunda edición ampliada, *La palabra facticia: Literatura, periodismo y comunicación*. Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona, Servei de Publicacions, 2014. Impreso.
- Del Campo Cortés, Eduardo. *Juan Goytisolo, cronista de la guerra: los reportajes de Sarajevo, Argelia, Palestina y Chechenia y otros viajes periodísticos*. 2020. Universidad de Sevilla, tesis doctoral. Digital: <https://hdl.handle.net/11441/100106>
- Del Paso Gallego, Ana Cristina (2016). *Rol de las mujeres periodistas españolas en la cobertura de conflictos armados*. 2016. Universidad Complutense de Madrid, tesis doctoral. Digital: <https://eprints.ucm.es/id/eprint/42087/1/T38630.pdf>
- Diario El País, S.L. *El País. Libro de estilo*. Madrid: Ediciones El País. 1990. Impreso.
- Diez Barriuso, Vanesa. *El reportero en zona de guerra: cuatro generaciones de periodistas españoles a través de su práctica profesional*. 2017. Universidad de Málaga, tesis doctoral. Digital: <https://hdl.handle.net/10630/15892>
- Diputación Provincial de Almería. *Catálogo del Fondo Documental Juan Goytisolo*. Almería: Diputación Provincial de Almería. 1989. Digital: http://www.dipalme.org/Servicios/Informacion/Informacion.nsf/D915094879870A4CC1257F7D003016D2/%24file/Catalogo-Fondo-Documental-Juan_Goytisolo.pdf

- García Palomares, Antonio. *El origen del periodismo de guerra actual en España: el análisis de los corresponsales en el conflicto del Norte de África entre 1893 y 1925*. 2014. Universidad Complutense de Madrid, tesis doctoral. Digital: <https://eprints.ucm.es/id/eprint/27709/1/T35547.pdf>
- González, José Ramón, Virginia Martín Jiménez, Susana Gil-Albarellos Pérez-Pedrero, y Alejandro Alonso Nogueira, editores. *Testimonios del desastre: Periodistas y escritores en los campos de batalla*. 2016. Gijón: Editorial Trea. Impreso.
- Goytisoló, Juan. "Israël travaille pour nous!...: entretien avec un des chefs d'El Fatah". *Le Nouvel Observateur*, 6 de enero de 1969. 8-10. Impreso.
- Goytisoló, Juan. "Al-Qods". Cuarenta fotos de 10x15 centímetros del rodaje de *Alquibla* en Jerusalén (Al-Qods) y los territorios ocupados. F-22. 1988. Fondo Documental Juan Goytisoló. Archivo-biblioteca de la Diputación Provincial de Almería.
- Goytisoló, Juan. "Diario palestino". Artículo manuscrito, 86 hojas de 22 centímetros. AM-12/14. 1988. Fondo Documental Juan Goytisoló. Archivo-biblioteca de la Diputación Provincial de Almería.
- Goytisoló, Juan. "Intifada. Diario palestino de Juan Goytisoló (Por tierras de Gaza y Cisjordania) [Diario palestino]". *El País Semanal*, 11 de septiembre de 1988. 1, 20-37. Impreso.
- Goytisoló, Juan. "De la Ceca a La Meca", en *Obras completas. VIII. Guerra, periodismo y literatura*, 2010. 133-161. Impreso.
- Goytisoló, Juan. "Journal palestinien". Traducción del español de Kadhim Jihad. *Revue d'Études Palestiniennes*, vol. 0, nº 26, otoño de 1988. 35-56. Impreso.
- Goytisoló, Juan. "La intifada". *El País*, 24 de noviembre de 1988. 18. Impreso. Versión digital en: https://elpais.com/diario/1988/11/24/opinion/596329207_850215.html
- Goytisoló, Juan. "Ni guerra, ni paz". *Alquibla*. Dir. Rafael Carratalá. 1989. Producción Eclipse Films para Televisión Española (TVE). Disponible en:

<https://www.rtve.es/alacarta/videos/alquibla/alquibla-palestina-despues-diaspora/912436/>

Goytisolo, Juan. “Ni guerra, ni paz” (1). El polvorín de Gaza”. El País, 12 de febrero de 1995. 10-11. Impreso. Versión digital en:

https://elpais.com/diario/1995/02/12/internacional/792543617_850215.html

Goytisolo, Juan. *De la Ceca a la Meca. Aproximaciones al mundo islámico*. 1997. Madrid: Alfabeta. Impreso.

Goytisolo, Juan. *Paisajes de guerra: Sarajevo-Argelia-Palestina-Chechenia*. 2001. Madrid: Aguilar. Impreso.

Goytisolo, Juan. “Una visita a Ramala”. El País, 17 de marzo de 2002. 12. Impreso.

Goytisolo, Juan. “De Netania a Ramala”. El País, 3 de abril de 2002. 11-12. Impreso. Versión digital en: https://elpais.com/diario/2002/04/03/opinion/1017784807_850215.html

Goytisolo, Juan. “Memoricidio en Ramala”. El País, 14 de abril de 2002. 10. Impreso. Versión digital en: https://elpais.com/diario/2002/04/14/internacional/1018735212_850215.html

Goytisolo, Juan. *Obras completas. VIII. Guerra, periodismo y literatura*. Edición del autor al cuidado de Antoni Munné. 2010. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores. Impreso.

Goytisolo, Juan. “Homenaje a Mahmud Darwish en Ramala”. El País, 15 de marzo de 2011. 33. Impreso. Versión digital en:

https://elpais.com/elpais/2011/03/15/opinion/1300181939_850215.html

López Alcón, Noemí. *La narrativa breve y la crónica de guerra (1900-1945): estudio interdiscursivo y comparado*. 2015. Universidad de Murcia, tesis doctoral. Digital: <http://hdl.handle.net/10201/44086>

Pizarroso Quintero, Alejandro, Pablo Sapag, y Marta González. *Periodismo de guerra*. 2007. Madrid: Síntesis. Impreso.

Real Academia Española. “Testimonio”. En *Diccionario de la lengua española*. 2014. Madrid: Real Academia Española (RAE). Digital: <https://dle.rae.es/testimonio#otras>

Ruiz, Adela, y Emiliano Albertini. “Fuentes periodísticas: concepto, clasificación y modos de uso”. *Tram[p]as de la Comunicación y la Cultura*, nº 60, mayo 2008, 14-25. Digital: <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/36422>